

el haberlo llevado á respirar aquella atmósfera de insípideces y de lugares comunes.

Deseaba marcharse, porque veía que Sulpicio estaba disgustado, y aprovechó la primera ocasión que se le presentó para preguntarle en voz baja:

—¿Quieres irte?

—Sí, vámonos.

Vaudrey buscó á Lissac, le repitió que tenía que hablarle, y Guy se inclinó para despedir al matrimonio, que, en opinión de los señores de Gerson, se retiraba demasiado pronto.

La pobre Adriana, descorazonada por la murmuración y la charla insípida de aquellas gentes, tenía sed de verse sola con su marido, de decirle que para ella no había nada comparable á la dicha de estar á solas con él y de pasar sus veladas los dos juntitos como en otro tiempo, cuando él leía ó trabajaba con ella al lado de su mesa, haciendo labor.

—¡Qué cosas tienes! ¡No vayas á decirlo delante de la gente, porque nos llamarán cursis! Esa es una moda que ya pasó.

—No me extraña ser tan poco sociable—repetía la joven.—Se ahoga una moralmente en estas casas. No temás, Sulpicio, que no seré yo quien te haga venir más á estas fiestas. ¿Te has aburrido?

—No, sino que pensaba en otras cosas—contestó Vaudrey, que en efecto estaba pensando en Mariana.

Apenas había salido la señora de Vaudrey del salón de los de Gerson, cuando la bella parisien-sita, inclinándose al oído de una amiga suya, decía con bastante imprudencia:

—Las mujeres de los Ministros de ahora son siempre lugareñas; ¿no opináis lo mismo?

—¡Qué queréis!—contestó Lissac, que decididamente aquella noche oía todo lo que no debía oír;—eso vale tanto, por lo menos, como ser de aquí.

La señora de Gerson sonrió, diciendo que Lissac era muy gracioso y tenía mucho talento, pero reflexionando que el Sr. de Lissac era demasiado clemente con Adriana y que la señora de Vaudrey, á su vez, se mostraba muy indulgente y muy afectuosa con el Sr. de Lissac.

V.

Desde que Mariana creyó adivinar que podía tener en Rosas algo más que un amante, hallábase bastante perpleja. Jugaba una partida empe-

ñadísima. Érale necesario escoger entre el Duque y el Ministro.

No amaba á Vaudrey. Hasta le encontraba candideces verdaderamente ridículas. ¡Es un tonto!— le decía á Clara Dujarrier. Pero por amor propio quería conservarlo, y además porque se le alcanzaba que Sulpicio era bastante débil para obedecerla absolutamente en todo. Tal personaje no era de despreciar. Cuanto á Rosas, experimentaba por él un sentimiento extraño que ciertamente no era amor, pero que se parecía al asombro ó á un afecto singular. Rosas la respetaba, y la timidez de aquel hombre que tenía en sus venas sangre de héroes, la halagaba. Hablábale él casi únicamente de su amor, sin proponerle que se lo probara, y aquel platonismo que le había parecido *cursi* en Vaudrey se le antojaba admirable en el aristócrata español. El Duque la engrandecía á sus propios ojos.

No había vuelto á pronunciar esta palabra que tal vez dijo una vez por casualidad: matrimonio, y Mariana era demasiado prudente y demasiado astuta para dejar conocer que había tomado nota de ella. Ni siquiera se permitía la más ligera alusión, sino que esperaba tranquilamente. Cuanto más tiempo pase, se decía, más dominaré á Rosas.

Entretanto, como era necesario vivir y como le importaba sostener el tren lujoso de su casa, conservaba á Vaudrey, de quien en un momento dado podría llegar á tener necesidad.

Era empresa difícil acometer de frente esas dos intrigas: la de hacer creer á Rosas que el Ministro no era para ella más que un amigo, un protector del tío Kayser, y la de hacer creer á Vaudrey que el Duque, viéndose despedido por ella, parecía resignado y se retiraba. Por lo demás, podía jurar, sin mentir, que José no era su amante.

En engañar á Vaudrey no había gran mérito. Sulpicio estaba materialmente cegado por el amor. Por un momento mostróse cuidadoso y vigilante cuando Jouvenet le hizo saber que su secreto era del dominio público. Durante unos días pareció retirarse un poco de Mariana; pero después de tomar nuevas precauciones, volvió con delirantes deseos al hotel de la señorita Vanda, donde le esperaban los besos y las caricias, un poco fatigadas, de su querida.

Transcurrían así los meses, todo el verano, las vacaciones parlamentarias, la estación desanimada en París. Adriana salió para el Delfinado, donde Vaudrey iba á presidir unas sesiones extraordinarias de la Diputación provincial, y la pobrecilla

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

sintió verdaderas alegrías de niña en su casa de Grenoble, donde tan feliz había sido en otro tiempo. Pero allí mismo, bajo aquel techo, entre aquellas paredes, testigos de sus amores honrados, Vaudrey pensaba en Mariana, no tenía más idea que la de volver á verla, la de estrecharla en sus brazos, y todos los días le escribía cartas apasionadas que ella, encogiéndose de hombros, apenas leía, y que quemaba en seguida sin darles importancia alguna.

Él, allí, en el aislamiento de la tranquila ciudad de provincia, se aburría horrorosamente en medio del insólito, continuo, estruendo de las fiestas, de las recepciones dadas, en honor suyo, de los discursos que tenía que pronunciar, de las ceremonias que tenía que presidir, de las comisiones que le visitaban, de las estatuas que le era preciso inaugurar. ¡Estatuas! ¡siempre estatuas! Y lo llevaban por los pueblos, en Alleverd ó en Maréstel, desde el Ayuntamiento á la plaza mayor, entre dos filas de bomberos vestidos de gala, seguido de brillantes comitivas, rompiéndole los oídos con el bombo y los platillos de las bandas municipales y obligándole á presenciar una serie interminable de desfiles de las sociedades de gimnástica, de los orfeones, de las corporaciones, de las Asociaciones de Amigos del País, de Amigos de la Paz ó de Ami-

gos de la Guerra. Y aquello era lo que había que ver: ¡qué arengas entusiásticas, qué multitud de vulgaridades pronunciadas en tono declamatorio y solemne, qué discursos llenos de citas, hechos por profesores de retórica, por los jefes de los partidos, por los concejales elocuentes, todos locos de contento al ver que podían contar entre sus oyentes nada menos que á un Ministro! ¡Cuántos discursos tenía que escuchar Vaudrey! ¡Más que en el Parlamento! ¡Y cuántos consejos, y cuántas advertencias políticas, y cuántas peroraciones que terminaban todas pidiendo algo, ó un privilegio, ó un destino, ó una condecoración! Por todas partes peticiones: peticiones de subsidios, peticiones de conmutación de impuestos, peticiones de socorros del fondo de calamidades públicas. Aquello era no vivir: cien veces, mil veces peor que en París. Se habían empeñado en matarlo á fuerza de gritar ¡Viva Vaudrey!

El Gobernador y el General Jefe de las tropas que guarnecían el distrito iban eternamente uno á un lado, otro al otro de Vaudrey, pobre sentenciado á no vivir, paseado de aquel modo entre dos uniformes bordados. Sulpicio oía siempre de los labios del Gobernador las mismas palabras huecas: el progreso, el porvenir, la fusión de los partidos

y de los intereses, el engrandecimiento y prosperidad de la provincia, el esplendor del Ministro que..... del Ministro que..... de aquel hijo de la provincia que había visto la luz primera en aquel pueblo, para gloria del Delfinado. (*¡Viva Vaudrey! ¡Viva Vaudrey!*)

El General, por lo menos, variaba de efectos oratorios, gritaba cerrando los puños, y Vaudrey, el día de la inauguración de la estatua de un tal Valbonnaus, antiguo diputado y fabricante de guantes — también otra gloria de Grenoble — había oído al militar murmurar todo el día y desde por la mañana hasta por la noche, con un movimiento nervioso de mandíbula que agitaba convulsivamente su perilla á lo Napoleón: — *¡Me gusta el bronce!..... ¡Me gusta el bronce!.....* con una insistencia que dejaba estupefacto al Ministro.

Era tal vez el único recuerdo agradable que Vaudrey conservaba de su expedición por los pueblos del Isere. Aquel estribillo eterno del General: *¡Me gusta el bronce! ¡Me gusta el bronce!* le llenaba de curiosidad y le tenía todo el día preguntando para sus adentros qué demonio de apetitos tenía aquel militar, que no hacía más que repetir su frase con tono de avaricia. Sentóse el General á su lado en la plataforma levantada al efecto, y mientras los

orfeones entonaban un himno en honor del difunto señor Valbonnaus, escrito expresamente para el acto por un aficionado de la ciudad, y mientras las bandas de música repetían el motivo principal del himno, y mientras los bomberos descubrían, en medio de aclamaciones estruendosas, la estatua del señor Valbonnaus que tenía inscritas en el pedestal estas palabras: *Al inventor, al patriota, al negociante;* en tanto que á su oído izquierdo resonaban las frases del eterno discurso del Gobernador: la industria guantera, gloria de la provincia, el progreso, los intereses, el engrandecimiento de aquella región, el Ministro que..... el Ministro el cual..... (*¡Viva Vaudrey!*), Sulpicio seguía oyendo, en medio de las aclamaciones, el murmullo monótono del General repitiendo, recordando y remachando su: *¡Me gusta el bronce! ¡Me gusta el bronce!*

Por la noche, en el banquete oficial, el Ministro logró al cabo obtener la explicación de aquel gusto extraño. El General se levantó, apretó la copa del champagne como si quisiera quebrarla entre sus dedos, y exclamó con voz ronca, como si se hallase al frente de su división dando voces de mando:

— *¡Me gusta el bronce!..... ¡Me gusta el bronce,* porque sirve á la vez para levantar estatuas y para

fundir cañones! ¡Me gusta el bronce, cuya voz gana las batallas, puesto que la artillería es el arma que hoy predomina, si bien la caballería es la más caballeresca! ¡Me gusta el bronce, que es la imagen del corazón del soldado, y quisiera ver en nuestro país un ejército de hombres de bronce que..... los cuales.....

Y se confundía, se enredaba, ponía los ojos en blanco, y para concluir blandiendo la copa como si fuera un sable, y en medio de los aplausos frenéticos de los convidados, gritó valientemente: ¡Sí, me gusta el bronce! ¡Me gusta el bronce!

Vaudrey estuvo á punto de soltar la carcajada, á pesar de su gravedad ministerial; y al volver á Grenoble y apearse del carruaje lleno de flores que le habían tirado al pasar, sólo pudo contestar á Adriana, que salió á recibirle preguntándole si había hablado mucho, si la fiesta había sido buena, si se había divertido:

—Sí, hija, sí; me he reído mucho ¡Pero estoy harto, rendido, hartol..... ¡Qué dolor de cabeza!

Y todo esto se lo escribía Sulpicio á Mariana, añadiendo el muy cándido: ¡Ah! todas estas voces que me aclaman no valen para mí lo que una sola palabra de tus labios! ¿Cuándo volveré á verte, Mariana de mi vida?

—¡Lo más tarde posible!—pensaba la señorita de Kayser.

Esta veía con profundo aburrimiento que el verano concluía, que comenzaba el otoño y que se aproximaba el comienzo de la temporada parlamentaria, que haría regresar á Sulpicio á París y que le impondría la presencia continua de aquel amante.

Vaudrey le daba todo cuanto exigían sus apetitos de lujo, razón por la cual no se decidía á romper con él, aunque desde hacía mucho tiempo aquel hombre estaba condenado por ella, á ser despedido de su casa: «¡Ah! cuando pueda pasarme sin él!» decía para sus adentros cada vez que llegaba á sus manos una de las apasionadas cartas de Sulpicio. De Rosas ni podía ni quería aceptar nada. La postura que jugaba á esa carta era demasiado cuantiosa para exponerse á perderla por una imprudencia. Con Vaudrey podía ser impunemente una entretenida. Con José necesitaba hacer como que conservaba una aureola de pudor y de virginidad que ciertamente no tenía.

En el ánimo del español se producían singulares cristalizaciones, que no se escapaban á la penetración de la señorita de Kayser. A medida que se codeaba más frecuentemente con la Mariana real,

forjábase una Mariana ideal, buena, de talento, tal vez ignorante, y sin embargo corrompida de espíritu, que le divertía y le desconcertaba á un mismo tiempo.

Había dejado el Hôtel Continental para alquilar un elegante hotelito de los Campos Elíseos, donde á veces recibía á Mariana con el mismo respeto y con las mismas consideraciones que si fuese una princesa. Ella, en esas visitas, divagaba, fumando tabaco turco. Su gracia parisiense seducía é intrigaba á ese viajero grave y pálido, en el cual hasta la sonrisa era melancólica.

Adoraba completamente á aquella mujer, y ni siquiera quería ya resistir á la influencia de sus encantos; olvidaba por completo que la había conocido con Guy. Parecíale que la había descubierto él; y además, Mariana no había conocido nunca á Guy. No, ciertamente no. Era demasiado franca para no confesárselo todo. Puesto que lo negaba, señal infalible de que jamás Lissac..... y además ¿qué, aun cuando fuese verdad? Pero no, no. Mariana lo negaba, y él creía ciegamente en ella.

Todos esos razonamientos desatinados, insensatos, propios de las gentes que van á cometer una locura, chocaban unos contra otros en la cabeza de José. Así es que ni siquiera trataba de analizar

sus sensaciones. Pasaba al lado de aquella joven, á quien no se atrevía á tocar, el estío más delicioso de su vida. Una vez, sin embargo, paseando con Mariana por los Campos Elíseos, había encontrado á la vieja Dujarrier, á quien conocía de otros tiempos. Un amigo suyo, el Marqués de Vergamo, se había suicidado por aquella mujer que podía ser su madre. Clara Dujarrier se detuvo para saludar á Mariana; y aunque se mostró muy cariñosa, Rosas apenas la saludó, y eso con extraordinaria frialdad.

—¿Por qué saludáis á esa mujer?—preguntó luego á Mariana.

—La necesito. Me ha hecho varios favores.

—¡Es extraño! Creía yo que no era capaz de hacer más que daño.

No se podía imaginar que la señorita de Kayser tuviese trato con mujeres de mala vida. En la modesta casita de la calle de Cuvier, parecíale á José que Mariana respiraba su verdadero medio ambiente. A menudo la joven se sentaba al piano—uno de los pocos muebles que había en la casa—y tocaba para que Rosas la oyese, aires y canciones de Oriente que lo llevaban á él muy lejos con la imaginación, y luego de pronto se ponía á tocar aquella canción bufa, oída por primera vez en el teatro

de Variedades, y que él tarareaba estando malo y abandonado en un aduar morisco.....

— ¡Cuánto me gusta esta canción! —decía ésta.

El Duque ya no pensaba en volver á viajar ni en alejarse de París. La señorita de Kayser lo iba dominando cada vez más. El extraño misterio que rodeaba la vida de aquella mujer aumentaba su pasión.

A veces le preguntaba qué hacía su tío Simón.

— ¿Mi tío? Ha conseguido, gracias á la influencia del señor Vaudrey, que le encarguen el decorado de un establecimiento hidroterápico, las *Termas de Batignoles*, y ha comenzado también el boceto de un fresco. Ya iremos á verlo en su estudio.

— ¿Sabéis —continuaba Mariana— lo que yo quisiera ver?

— ¿El qué?

— España, vuestro país. ¿Dónde habéis nacido, Rosas?

— En Toledo. Tengo allí el castillo feudal de mi familia.

— ¿Con retratos y con armaduras?

— Con armaduras y retratos, sí.

— Pues bien, de buena gana iría á Toledo para ver ese castillo. ¡Debe ser soberbio!

— Es sencillamente lúgubre. Una fortaleza construída sobre una roca pelada. Grandes salones medio moriscos. Muros espesísimos como los de una cárcel. Armaduras puestas en pie como si aun cubriesen los cuerpos de mis antepasados. Retratos antiguos de mis abuelos metidos en sus cotas de malla, ó retratos de las Duquesas de Rosas, pálidas, tristes, medio ocultas por sus golas, los encajes de las cuales pintaron Claudio Coello ó Velázquez. Inmensas habitaciones frías, donde los pasos de los que las visitan retumban como sobre sepulturas vacías. Una mansión espléndida, que parece una cueva. Si fueseis allí, os moriríais de tristeza á las dos horas, ó de frío á los ocho días.

— ¿Morirse de frío en España.....?

— Es que hay también el frío del alma —respondió el Duque con una sonrisa singular. — Tal vez por huir de esa clase de frío he viajado yo tanto!..... ¡Pero vos en Toledo, en Fuencarral, así se llama el castillo; vos, una parisiense, allí! ¡Eso sería brutal! ¡Sería como encerrar un canario en una jaula para osos! ¡No; gracias á Dios, tengo otras posesiones en España donde podríamos vivir! Y bajo los jazmines andaluces, bajo los laureles y los naranjos de Córdoba ó de Sevilla, cerca de

las fuentes guarnecidas de azulejos, donde se bañaban las sultanas, mis jazmines no embalsamarían tanto el aire, ni mis fuentes suspirarían jamás tan armoniosamente como yo quisiera para festejar vuestra visita!..... cuando vayáis..... si es que vais..... ¡Pero Toledo! ¡Mi horrible castillo de Fuencarral! Aunque soy un romántico incorregible, no me atrevería jamás á llevaros allí. Os parecería que caía hielo sobre vuestra cabeza. ¡Fuencarral! ¡Bah.....! ¡eso huele á muerto!

Mientras hablaba, Mariana lo contemplaba con llamaradas en los ojos, y con la imaginación paseaba por jardines perfumados y sentía apetito desmedido por verse pasando, en aquella especie de ciudadela sepulcral de Fuencarral, por delante de los vetustos retratos de los abuelos de Rosas, estupefactos al oír el roce del vestido de seda de una parisiense.

José tomaba las llamaradas de aquellos ojos por señales de amor.

¡Ah! ¡Cómo durante aquellos seis meses pasados en París lo había uncido á su carro aquella mujer que era la querida de otro hombre! Undía que acababa de separarse Vaudrey de Mariana en los Campos Elíseos, le dijo el Duque bruscamente al verla entrar en su casa:

— Iba á escribiros.

— ¿Para qué, mi querido Duque?

— Para pedir os una cita.

— Siempre seréis bien recibido en nuestro pequeño retiro de la calle de Cuvier.

Él la hizo sentar, la cogió las dos manos, la miró cara á cara y le dijo:

— ¡Jurad que no habéis sido jamás la querida de Lissac!

Ella no se conmovió siquiera, como si desde mucho tiempo antes estuviera esperando esa pregunta.

Sostuvo atrevidamente la mirada de José, y contestó:

— ¿Acaso se le preguntan esas cosas á la mujer á quien se ama?

— ¡Suponed que se la dirijo á la Duquesa de Rosas! — dijo el español, cuyos labios temblaban.

Mariana se puso lívida.

— No comprendo..... — dijo.

El Duque guardó silencio un instante, y luego con voz solemne añadió:

— No tengo familia, Mariana. Me pertenezco por completo, y os amo. Si me jurarais que no habéis sido la querida de Guy.....

— Nadie tiene el derecho de decir que ha rozado

siquiera mis labios—contestó Mariana con firmeza.— Uno solo, mejor dicho: el que me cogió ignorante y me dejó abandonada, con el corazón destrozado, creyendo que jamás podía volver á amar, hasta que os conocí. Ese ha muerto ya.

—Ya lo sé—dijo Rosas— porque en otra ocasión me confiasteis ese secreto..... Pues bien; os ofrezco mi nombre, mi amor y mi vida entera; ¿los queréis?

—¡Bien sabes que te amo!—exclamó ella dándole un beso ardiente, apasionado, loco, como el que él creía estar sintiendo siempre sobre sus labios desde la noche de la recepción en casa de Sabina.

—¿De modo que nadie..... nadie?—repitió José.

—¡Nadie!

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor!

—¡Ah, cuánto te amo!—contestó él, enloquecido y como si su ardiente pasión hubiese roto de pronto su frialdad, de igual modo que el sol derrite el hielo. ¡Si supieras qué loco estoy por tí, y qué celoso!..... ¡Te quiero, te adoro, te deseo, y me condeno á permanecer delante de tí, frío como el hielo, frío delante de esos ojos que me queman!.... Te amo, y el recuerdo de Guy me impedía decirte

que todo lo que tengo es tuyo..... Soy un semisalvaje, ya lo sabes, capaz de todos los furores, de todas las cóleras, de todas las locuras..... Sí, he querido huir de tí..... y no lo he conseguido, y me quedo aquí, y te amo. ¡Te amo, te adoro!..... Serás mi mujer, ¿oyes? ¡Mi mujer!..... ¡Ah, qué minuto de alegría! ¡Y hace años que te amo! ¿No lo habías visto, Mariana de mi alma?

—¡Lo había visto y te amaba! ¡y callaba también! Adivinaba que creías que yo me había entregado á otro..... No, no; soy para tí, para tí nada más! Todo mi amor, todo mi ser te lo he guardado, porque odio el pasado; más aún, porque no sé ni siquiera que existe..... ¡Es el desdén, el olvido, la nada! Pero tú, ¡oh! tú eres mi vida.

Y salió del hotel de José, rejuvenecida, orgullosa, ebria de placer. Paseaba sola por las avenidas de los Campos Elíseos, y caminaba rápidamente, hiriendo con sus taconcitos el húmedo asfalto, y pareciéndola que París entero le pertenecía.

Aquella noche debía ir al teatro. Habían convenido que Vaudrey la esperaría á la salida para llevarla en un coche de alquiler á la calle de Prony. Le escribió que no podía salir á causa de un fuerte dolor de cabeza. El tío Kayser se encargó de hacer

llegar la carta á su destino, enviándola con un mandadero.

— ¡A no ser que prefieras que vaya yo personalmente al Ministerio!

— ¡Estás loco! — le dijo Mariana.

— Es verdad; sería una inmoralidad.

Quería disponer de la velada y verse sola para acariciar sus ilusiones y soñar.

¿Soñar? ¡Bah! Se trataba, por el contrario, de una realidad deslumbradora: una fortuna, un título nobiliario, la salida para siempre del fango y de la miseria. ¡Qué desquite!

— ¡Es para volverse loca!

Acometíanle de repente espantos y terrores, como los que siente el jugador muy afortunado en los momentos supremos de una partida arriesgada. ¡Si cayera todo como un castillo de naipes! Deseaba que hubieran pasado ya unas cuatro semanas.

— ¡Tan de prisa como pasa el tiempo, y á veces quisiera una que volase más!

Ahora se aburría en la soledad de su hotel. Le era imposible leer ni reflexionar. Sentía fiebre. Arrepentíase de haber escrito á Vaudrey. Deseaba ir al teatro. Hacían una opereta nueva y con ella se distraería. ¿Por qué no ir? Tenía á la mano los billetes de la platea. Luego, con decirle á Vau-

drey que sintiéndose mejor se había decidido.....

— ¡Además, estoy harta de Vaudrey!..... ¡Sobre todo ahora!

Era necesario, sin embargo, no echar á perder el negocio. ¿Se le escaparía Rosas aún? Por otra parte, tenía negocios con el Ministro y una cuenta que saldar.

— ¿El pagaré de Gochard?..... ¡Bah, ya lo pagará! ¡Además, yo no figuro en eso para nada!

De repente pensó que era una tontería no ir á donde se le antojase. Que Sulpicio pensara lo que quisiera. Hizo que la vistiese su doncella.

— ¿La señorita va al teatro?

— Sí, Justina. ¡A Variedades!

Se divirtió muchísimo. Estaba radiante. La miraban mucho. Sentíase muy alegre al verse sola. La heroína de la opereta nueva era una Duquesa cuyas aventuras entretenían al público. Al verlas se ponía á soñar despierta, y su pensamiento volaba del teatro y se iba lejos, muy lejos, allá debajo de los naranjos!.....

En un entreacto llamaron á la puerta de la platea. Volvióse asombrada. Era Jouvenet, el Prefecto de policía, que iba galantemente á saludarla. El Prefecto, con sus ademanes acariciadores é insinuantes — en otro tiempo le llamaban en la